

Zaragoza nunca estuvo en nuestros planes. Ni siquiera la conocíamos, ni de nombre ni en persona, nada.

- ¿Y cómo llegaste aquí? – Me preguntó hace poco un taxista conocido – Si puedo preguntarlo... - Agregó con algo de pudor.
- Sí, sí – le contesté. – Te cuento: en enero del 2002, mi papá y mi hermano llegaron a un pueblito de Teruel llamado Olba.
- Pero, perdona, vosotros sois de Buenos Aires – interrumpió Pedro, el taxista conocido.
- Sí, sí, porteños –
- Vale, vale, sigue –

Creo que una parte de Pedro se preguntaba cómo se pasa de una gran urbe como Buenos Aires, a un pueblito de Teruel de 200 habitantes. Yo, esperando resolverle la supuesta duda, le seguí contando la historia de mi familia que es el comienzo de la mía:

- Ellos vinieron primero. Les habían prometido casa y trabajo. Resultó que el trabajo no era lo prometido y mi hermano y mi papá se encontraron a miles de kilómetros de nosotras, con poco dinero y de vuelta en la casilla de salida.

Un día, habiéndose perdido varias veces por el minúsculo pueblo (en sentido literal y figurado), decidieron ir a buscar suerte a la ciudad más cercana. Caminando de noche por la calzada, alumbrados por una linterna, encontraron la parada del bus que partía hacia Teruel a las 5 de la madrugada. Cuando llegaron, se enamoraron de la arquitectura, de la gente y de Jose, el jefe del Registro Civil. ¡Bendito Jose! Cuánto nos ayudó.

Cualquier inmigrante que lea esto, sabrá lo importante que es que te traten bien en el Registro Civil. Bueno, en todos lados, obviamente. Pero esa oficina es una de las más importantes. Allí nacen y llegan papeles clave. Un funcionario eficaz y empático, te puede ahorrar mucho sufrimiento en un momento tan vulnerable como es el de emigrar.

- Nosotros vamos aprendiendo con vosotros – Nos decía Jose.

Teruel (y España) había tenido tan poca inmigración en las últimas décadas que se les presentaban situaciones que nunca antes habían vivido. Íbamos resolviendo y aprendiendo todos juntos. Habiendo empezado esta labor de equipo junto a él, y mi mamá y yo ya en la ciudad, decidimos quedarnos en Teruel.

Y Zaragoza, ahí estaba... Tácita... Era algo lejano y grande. Para cuatro porteños que venían de vivir en un piso sobre una avenida que nunca duerme, volver a esa vorágine que teníamos en nuestro recuerdo, no nos atraía nada. Para nosotros Zaragoza era una SEÑORA CIUDAD. Preferíamos Teruel donde podíamos ir caminando a todos lados y donde descubrimos que el silencio se podía oír.

Allí nos quedamos unos cuantos años. Yo estudié el bachillerato e hice la selectividad, me apunté a un grupo de teatro y conocí la profunda soledad. Empecé a escribir rimas como la que acabo de hacer con un sentimiento muy recurrente: la tristeza de ser una adolescente de 16 años que había dejado toda su vida atrás. Mis papás iban de trabajo en trabajo. Hubo épocas muy duras e incluso tuvimos que hacer uso del banco de alimentos en alguna ocasión. El dinero llegaba muy justo para todo pero los y las

turolenses nos ayudaron muchísimo. Todavía hoy conservo vajilla, ropa y mantas que nos donaron cuando recién llegamos.

En cuanto pudimos empezamos a tramitar la nacionalidad. Tener la tarjeta de residente estaba bien pero había que renovarla cada seis meses, y eso hacía que tuviésemos que estar constantemente haciendo papeles. Como buenos argentinos teníamos antepasados gallegos y gracias a ellos nos la dieron. Hubo que rellenar muchos formularios, pedir documentos a Argentina y a Galicia, hacer colas, llamadas y llevar testigos. Hablando de éstos, todavía me acuerdo cuando me la dieron a mí y nos habíamos olvidado de llevarlos. Le dijimos a Jose que nos esperase y salimos corriendo del Registro Civil a buscar a alguien. Por suerte, en Teruel todo y todos están cerca, así que en el bar de enfrente vimos a dos conocidos que estaban almorzando y les pedimos por favor que viniesen. Por supuesto que lo hicieron. Es más, lo vieron como una aventura en el tranquilo Teruel. El paso final para la nacionalidad, allá por el 2005, era una entrevista en Comisaría. Una de las preguntas que te hacía el agente de policía era: ¿Por qué quieres la nacionalidad?

- Porque estoy harto de hacer trámites – Contestó mi papá.

Cuando se lo contó a mi mamá, ésta se puso blanca y le dijo:

- Chau Ricardo, no te la van a dar –

Por suerte, no fue así y se la dieron sin problemas.

Cuatro ciudades más pasaron por nuestro carnet de identidad antes de llegar a Zaragoza: Gandía, Madrid, Fraga y Teruel de nuevo. Nos movíamos

allí adonde le iba saliendo trabajo a mi papá. Ricardo fue acomodador de leña, trabajó para un carpintero moviendo vigas, fue becario en la Cámara de Comercio de Teruel, pintor de casas, empleado en una copistería, operario de cemento en una Autovía, operario en una fábrica de mármoles, autoventa en Pan Rico y Nestlé, tuvo un bar y fue repartidor en Makro. Gabriela, de profesión mamá y profesora de Filosofía, por su parte, trabajó programando tpvs para American Express, cuidó un señor mayor en el hospital, trabajó en un taller de confección de trajes medievales y en las Bodas de Teruel, dio clases particulares y fue bibliotecaria en un IES, también guía turística de la ciudad de Gandía y trabajó en una pinturería. Fue monitora de comedor y dirigió el taller de lectura de la Biblioteca de esta misma ciudad. De vuelta en Teruel, tuvo una sección en un programa de radio y su último trabajo fue recepcionista en un centro de fisioterapia y kinesiología. Yo, estando en Gandía, trabajé de monitora de extraescolares y de secretaria de un perito de seguros, y adopté a mi gata Fussy, el amor de mi vida. Chimi y Duque, felinos también, llegaron a nuestras vidas poco después. Fueron años de no parar.

En mayo del 2010 llegué a Zaragoza por primera vez. Gracias a mi título de maestra de la Universidad Complutense (patrocinado por las becas del Estado), me llamaron de la bolsa de colaboradores bilingües y trabajé un mes en un cole de Valdespartera. Fue mi primer contacto con Zaragoza. Viví en una habitación en la Plaza de San Francisco y me gustó la zona, pero yo estaba empeñada en volver a Teruel. Mis padres habían vuelto a vivir allí, y también era donde residía mi pareja de ese momento. No volví a pisar

Zaragoza hasta septiembre del 2011, cuando me adjudicaron una plaza en el CEIP Ronda Norte.

Ésto fue lo último que le conté a Pedro. Me bajé en la estación Delicias y él se fue siendo más consciente del efecto social que puede tener una decisión política. Porque, la tercera pregunta de Pedro que no te había contado todavía, fue:

- ¿Por qué os fuisteis? –
- Por el famoso corralito- suspiré - La situación era desesperante y mis papás decidieron que ni ellos ni sus hijos merecían vivir así. Mucha gente nos llamó cobardes por irnos, pero yo creo que fuimos muy valientes – le contesté –.

Nos despedimos con un abrazo y Pedro se fue, pero mi historia no termina acá, sigo: para cuando volví a Zaragoza, mi idea seguía siendo que fuese un puente hacia Teruel. Ni se me pasaba por la cabeza quedarme pero, poco a poco, empecé a ver lo bueno de esta ciudad.

En el cole empezamos un programa Erasmus con el que viajábamos mucho. Estando en Zaragoza llegar a Finlandia, Reino Unido o Italia era muy sencillo. AVE, aeropuerto, autobuses e incluso carreteras que nos conectaban a otras ciudades hacían que viajar fuese fácil. Mañicas que se habían convertido en mis amigas también contribuyeron a que cada año me gustase más estar aquí. Los maños y mañas están enamoradísimos de su tierra y lo bien que hablaban de Zaragoza hizo que, día a día, se fuese haciendo un huequito en mí.

En el 2014, dejé a mi pareja turolense y me afinqué en esta localidad. Para ese entonces ya me había mudado de casa 15 veces.

- ¿Estás en busca y captura? – me preguntó uno de los ingleses del Erasmus.
- La vida del inmigrante – Le contesté riéndome.

Mi teoría es que el desarraigo hace que no crees vínculos fuertes con ninguna region ni casa. Donde estás viviendo no tiene ninguna carga emocional, y tu capacidad de adaptación es tan grande, que sabés que allá adonde vayas, vas a estar bien.

Me establezco en el barrio de Parque Goya, empiezo por fin a disfrutar de la ciudad. Los fines de semana voy al cine Palafox con mi padre, a Puerto Venecia, o al tubo con mis amigas. Siendo vegetariana La Magdalena se convierte en mi oasis de comidas y cenas. Me apunto a aerobio y al grupo de running del barrio. Duramos menos de un año pero salieron muchas experiencias positivas de él: risas, amor al deporte y a las cervecitas de después, amistades, parejas,...Nos dio para todo. Empiezo además a tener mis propias tradiciones: todos mis cumpleaños compro en la pastelería Baires una tarta de pinitos de dulce de leche bañados en chocolate. Zaragoza se me hace cada día menos extraña y más mía. Y Parque Goya se vuelve mi segunda casa. Mi cole cambia de nombre y se pasa a llamar Catalina de Aragón. Y digo mi cole porque llevo muchos años en él y, a día de hoy, sigo siendo la única argentina maestra que conozco en la ciudad. Seguro que hay más pero en quince años de carrera docente, nunca coincidí con ninguna en activo. Quizás es por lo que me enteré hace poco: parece que convalidar el título de magisterio argentino sigue siendo muy difícil. Mi mamá tampoco pudo y cansada ya de no poder ejercer su vocación, se volvió a Buenos Aires en ese mismo año, el 2014. Mi papá lo hizo dos años después pero, antes de irse,

conoció a fondo el Hospital Nuestra Señora de Gracia, como mi cuidador (junto a mi mamá y mi hermano, por supuesto). En junio del 2016 tuve tumores de ovarios que requirieron de tres cirugías, la última en el 2022. El Dr. Lozano y todo su equipo hicieron que yo ame ese hospital y hable de él con mucho cariño. No me malinterpreten, no quiero volver a pasar por un quirófano nunca más en la vida. Pero si tuviese que hacerlo, sé que estaría en buenas manos. Siempre digo que en el Provincial me salvaron la vida. Así que, además del ocio y la gastronomía de Zaragoza, también hice uso de su sistema sanitario a *full*. Ya puedo poner cinco estrellas en las reseñas de Google al Provincial, y también, recomendarlo en el grupo de whatsapp de Argentinos en Zaragoza.

Ah, sí, que no lo conté todavía: hace un año y medio, me quedé soltera nuevamente. Esta vez me ennovié con un maño. Él tenía una familia muy extensa y yo me sentí muy arropada por ellos. Pero cuando la relación se terminó, todos desaparecieron, y mis papás ya no estaban en España. Una ruptura para una persona migrante sin parientes en el país es doblemente dura, su familia era mi familia. Mi red de apoyo se redujo drásticamente y me sentí muy sola. De repente, Zaragoza se me hizo enorme. Mis amigas están presentes pero ellas también se están adaptando a mi nueva situación. Desde que me conocen, esta es la primera vez que vivo sola, sin ningún otro ser humano en mi casa y no se acuerdan que ahora solo converso con mi gato. Las entiendo, yo también me estoy conociendo a mí misma en estas circunstancias. Todo es nuevo para todas. Pero sé que solo hace falta una llamada para que lo dejen todo y vengan corriendo. Fueron las primeras socorristas que aparecieron por mi casa el día de la ruptura. Mis amigas son uno de mis más grandes amores... pero no son argentinas. Y no, no quiero

decir eso que estás pensando. Lo que quiero decir es que, lógicamente, no saben lo que es el duelo migratorio y todo lo que ello conlleva. No saben lo que es vivir en un lugar como una persona extranjera pero tampoco les pido que lo sepan. Por eso empecé a buscar conectarme con gente que sí lo entendiese: mis queridos compatriotas. Y ya dijimos que Zaragoza está bien comunicada por lo que, por supuestísimo, que encontré en redes sociales un grupo de argentinos en la ciudad. Por ahora no se juntan mucho (somo' medio desconfiado', ¿vio?) pero hice algunas amigas y me reconecté con esa parte de mi identidad. Zaragoza me ha dado mucho más de lo que yo me hubiera imaginado nunca y le estoy muy agradecida.

Hoy es jueves y mientras que espero el tranvía en la Plaza Aragón, miro los pisos imaginándome que mis papás me saludan desde uno de los balcones. Los extraño tanto... El año pasado vinieron. Se suponía que de vacaciones, a la playa, a vivir en la casa que estábamos a punto de comprar, y a mi futura boda. Cuando llegaron yo estaba en duelo y no hubo ni playa, ni casa nueva ni boda. Solo un cálido verano zaragozano. Encima, uno de nuestros gatos falleció y yo solo podía pensar en que se habían cruzado medio mundo, para estar metidos en cincuenta metros cuadrados conmigo llorando por las esquinas... Tengo en casa un cartelito que me dejaban pegado en la pared cada vez que se iban a dar una vuelta y no querían interrumpirme en lo que yo estuviera haciendo. Es una hojita A5 con la letra de mi papá y una carita sonriente que dice: volvemos en un rato. Ojalá. El claxon del tranvía me saca de mi ensoñación y al pasar junto a mí levanta unas hojas secas en el aire. Éstas vuelan en remolinos acariciando los vagones. La escena es muy "mañotoñal". «*Qué poético*», pienso, «*tendría que haberlo grabado*». Pero hoy

hace fresco y no quiero sacar las manos del bolsillo. Me subo. Son las 8:42 a.m. y voy a llegar muy justa al colegio. Mientras escribo estas palabras el tranvía está cruzando el Puente de Santiago y el sol está en paralelo a El Pilar, bañándolo en luz dorada. No sé si es el mate o la ciudad pero hoy todo me parece poesía. *«Es el vivir tranquila, sin estrés»*, reflexiono, *«voy con un bolso que no tiene cremallera y no pasa nada. Me he vuelto caminando de noche desde el casco a mi casa en el canal, y no pasa nada. Saco el teléfono en el tranvía y no tengo miedo de que me lo roben. Qué suerte tengo.»*

Cuando me preguntan si me voy a quedar en Aragón, siempre contesto:

- No lo sé, una vez que has dejado tu tierra, ya te da lo mismo vivir en Zaragoza, Estocolmo o Tombuctú. Yo ya soy ciudadana del mundo –

Aunque esto es cierto, ya llevo 10 años acá, y me parece a mí que ya no me voy a ningún otro lado. Es más, mi vecindad cambió de común a aragonesa en los papeles de mi nacionalidad. Eso me explicaron en un notario el año pasado. A los españoles naturalizados nos asignan un territorio así que a mí Aragón me adoptó. Y yo, como ven, lo acepté encantada y ya soy un mezclum: soy argentina, soy maña, soy mamá de un gato de 16 años y de dos más que se durmieron para siempre a los 13 y 14 años. Soy maestra y me gusta decir que también escritora, además soy música y muy afortunada. Soy una simbiosis curiosa entre donde crecí y mis experiencias de vida. Soy caótica, como este texto, y una enamorada de la aventura de vivir. En Zaragoza estoy cómoda. Aquí me siento segura, atendida, sostenida y aceptada. Me falta poder llegar a ser propietaria, ese sueño todavía está por cumplir, muy fuera de mi alcance a día de hoy. Pero así es mi vida en este momento. Y aquí estoy, escribiendo

una parte muy resumida de mi historia y contándotela gracias a que esta ciudad la quiere oír.

Zaragoza nunca estuvo en nuestros planes, no la conocíamos de nada. Pero las vueltas de la vida me hicieron aterrizar acá y me dejaron grabado su nombre en mi alma. Zaragoza es y siempre será la casa de esta argenmaña.